

“Universalidad única” de Jean-Paul Sartre

Boris Koval

Centro mundial de estudios humanistas
Aportes a la cultura humanista

Moscú, Anuario 1995

Cualquiera que trate de comprender el carácter y la esencia humanista de la concepción existencial choca con numerosas dificultades. Toda interpretación (inclusive nuestra) puede resultar equívoca, ya que esa concepción se la puede (y se la debe) más bien sentir (percibir), que interpretarla racional y serenamente.

La primera impresión causada por la filosofía existencial se reduce a que se fusionan de una manera incomprensible la razón y la emoción, con lo que ambas son de carácter sumamente inestable, al borde de la excitación maníaca y de la sinceridad manifiesta. He aquí un modelo filosófico, interesado no en una abstracción fría social, ni en una “socialización” de la experiencia de una cantidad inmensa de vidas, sino en la suerte, en cada una de las personalidades como tal.

En este sentido la interpretación dada resulta más cercana a la literatura y al arte. A propósito, no es casual que, en las obras de talentos como Homero, Shakespeare, Balzac, Tolstoy, Dostoievski, encontremos manifestaciones evidentes de tal orientación. Fue Berdiáev quien encarriló esta línea en la filosofía rusa.

A diferencia de otras tendencias del pensamiento humanista, el existencialismo considera no sólo al hombre como un valor superior, sino a la existencia del hombre (de tal hombre), con su propia esencia: espiritual, moral, emocional. Toda la existencia es una subsistencia, pero no toda subsistencia es existencia. Toda persona vive, pero no todo hombre es capaz de existir. El existencialismo trata de definir la diferencia entre estos dos estados.

En una palabra, la existencia no es una festividad de vida, ni deleite, sino un proceso complejo de autosubsistencia de cada uno de nosotros en la Tierra: sólo la Nada espera a toda personalidad. Nada antes de nacer y Nada después de morir. Se podría denominar a ese futuro estado “la vida paradisíaca” o el infierno. Mas, se lo ve indiferente y desprovisto de interés para la existencia, iniciada en un instante, y acabada en un instante. Claro que al que cree en Dios le resulta más natural y fácil percibir su vida como predestinada. Mas, en todo caso —con Dios o

sin Dios— en este mundo el hombre se encarna sólo a sí mismo. Sólo él, vivo y único, mas no sus restos o recuerdos, constituye la existencia como tal. La existencia resulta más corta que la vida, por excluir sus fases sin sentido (niñez, chochez, desmayo, sueño letárgico, etc.). Un alienado subsiste, pero no existe.

Si es así, la vida está predestinada a ser impresionante, interesante, llena de un sentido, dependiente de la conciencia del hombre, de la fuerza de su espíritu y voluntad. En ese caso sólo su subsistencia física se hace una existencia verdadera. Se convierte en una forma particular de ser, su forma superior de permanecer aquí, en la tierra, pero no en el cielo.

Precisamente estos problemas plantearon impresionantemente Jean-Paul Sartre (1905-1980), gran pensador francés, en su obra dramática y filosófica. Calificó la existencia como "la universalidad única" otorgada al hombre no por Dios, sino por la naturaleza.

La lucha abierta contra Dios librada en las piezas "Las Moscas" (1943), "El Diablo y el Buen Dios" (1951), no se reduce a negar la creencia, ni mucho menos, sino sirve de cimiento para cargarle al propio hombre la responsabilidad de su subsistencia. No se trata de quién fue el creador del hombre, sino cómo éste creó su vida: independientemente, por su propia voluntad, o pasivamente, al amañó de algunas otras fuerzas. Sartre defiende la primera variante, aunque no les regaña a quienes han escogido la otra. Cada uno es libre de emprender su propio camino de vida.

Uno de los personajes de "El Diablo y el Buen Dios" formula esa idea: "El mundo es injusto; si lo aceptas llegas a ser su cómplice, si quieres cambiarlo te conviertes en su verdugo". Opta tú mismo. El problema de libertad y responsabilidad es clave en la estructura de todas las reflexiones de Sartre.

La sensación de abandono y soledad, inutilidad e innecesariedad es lo que inquieta y no puede por menos que inquietar al hombre. Recordemos a los personajes de Shakespeare, Tolstoy, Dostoievski, la suerte de los propios autores. Todos ellos estaban atormentados por una sola cuestión: "To be or not to be?". Si se trata de "ser", pero entonces, ¿para qué? y ¿cómo "ser"? ¿A qué dar la preferencia: al deleite, a la creación, al ascetismo, a la labor, a la familia, ¿al deber? ¿Cómo aunar todo eso? ¿Cómo superar sufrimientos? Ese interrogatorio suena permanentemente en cada obra de Sartre, que, dicho con propiedad, continúa la melodía existencial de la cultura mundial.

La subsistencia en el espacio y en el tiempo sin el contenido humano; la subsistencia impensada puramente natural pueda ser buena y dichosa, pero poco interesante, inexistencial, ameboidea. El hombre está predestinado para una suerte superior; si no, cae por debajo de su nivel, se desliza al estado bestial, el hombre está llamado y puede superarlo.

El filósofo francés Maurice Merleau-Ponty (1908-1961), amigo y oponente de J. P. Sartre, expresó que "el hombre es una subsistencia que se contenta con la identidad, con sí mismo, lo mismo que un objeto, pero tiene una idea de sí mismo,

se imagina, crea símbolos adecuados o fantásticos de sí mismo...” En una palabra, el hombre no es un esclavo, sino el creador de la vida.

“Cuanto más absurda es la vida, más inaguantable es la idea de la muerte”, — refleja Sartre sabiamente—. Mas, esta última es el punto final de la existencia que elimina la vida, pero no mata su esencia, sino al contrario, ayuda a la gente a entender el contenido y la esencia de la existencia acabada. Cuando estamos viviendo, no logramos darnos cuenta de todo el horror de la muerte. Cuando no vivimos, todas las meditaciones sobre la muerte resultan absurdas e imposibles. Hace tiempo que se sabe: “el ser existe, mientras el no ser no existe”. En ese contexto existencial de la vida y la muerte, de la vida y la muerte, Sartre sufre con gran profundidad el problema del tiempo: el tiempo de la existencia, que no es una simple casualidad afortunada, sino una casualidad pasajera. Las argumentaciones de Sartre y de sus personajes siempre son líricas, por no decir trágicas, aun cuando se trata de los más felices instantes de vida. Resulta que no es ningún pesimismo estúpido ni egoísta, sino una meditación filosófica y apaciguada del hombre, que se da cuenta de la mediocridad y complejidad de la subexistencia. Sartre tal vez mejor que nadie logró transmitir la inevitabilidad y la ética particular del pesimismo.

A la par que elabora tramas filosóficas, Sartre presta una atención particular a los aspectos humanos comunes. Su ensayo filosófico “El Existencialismo es un Humanismo”, que salió a la luz en el año 1946, expone en una forma popular los criterios principales de su concepción del mundo.

Sartre rechaza definitivamente todas las invectivas, tanto comunistas (por su filosofía de desesperación y pasividad, revalorización de lo individual) como católicas (por concentrar la atención en lo bajo, sucio, pesimista, rechazando la solidaridad de la gente, o de los demás creyentes).

“En todo caso podremos desde el mismo principio decir que bajo la noción del existencialismo comprendemos un concepto que hace posible la existencia humana y que afirma también que toda la vida y toda la acción presupone a un ambiente y a un hombre-sujeto”.

El hombre es libre y se construye a sí mismo y a su vida. Ello constituye la verdad principal de su existencia. Así es la posición legítimamente humanista de Sartre.

Sartre pertenece a la generación de los existencialistas-ateos. Para él lo principal no es meditar sobre Dios y la creencia, sino la experiencia de la existencia terrestre. “La existencia comprende la labor de nuestra vida interna por superar obstáculos que vuelven a surgir cada vez más nuevos, por hacer esfuerzos cada vez nuevos e incansables, por dominar desesperaciones y fracasos provisionales y por obtener triunfos que dependan de cualesquiera circunstancias providenciales...”

“ No es casual que el protagonista predilecto de Sartre fuera Sísifo, al cual el existencialista francés Albert Camus (1913 — 1960) calificó de “héroe absurdo”. Mas, la propia vida es absurda; sin embargo, el hombre-héroe se subleva contra

el absurdo, convierte la subsistencia en la existencia nutriéndola del sentido merced a su voluntad, su mentalidad y con su labor.

El hombre aguanta su carga al igual que Sísifo. "Sísifo —escribe Camus— enseña la mayor fidelidad, la que rechaza a los dioses y mueve piedras. Vale la pena considerarlo feliz a Sísifo". La felicidad comprende crear su propio destino sin esperar la salvación divina. El hombre amotinado ansía un orden humano, que suponga el sentido de su propia vida. El destino auténtico del hombre quiere decir el trabajo penoso de Sísifo.

El término de una sola existencia no conduce al final de toda la existencia. Vuelve a renacer una y otra vez, es decir: adquiere carácter eterno, aunando todo lo muerto, lo existente y el futuro de la humanidad.

La muerte del hombre origina el pesimismo, mientras la continuación del género humano abre paso al optimismo. La vida personal llena del sentido superior, suprapersonal, es la subsistencia absurda; mas, la dilución del "universo único" en la totalidad, también es absurda. Lo más difícil resulta, precisamente, la búsqueda de su lugar en la "existencia en el mundo". El que lo alcanzó, se realizó como hombre, para ése retrocedió el temor a la muerte; su propia inexistencia se percibe como las vidas futuras sumadas.

Esa posición puede ser considerada como humanismo existencialista. Actualmente esa tendencia se divulga cada vez más, espiritualizando con un nuevo sentido —humano e individualista— los movimientos sociales por la ecología, la paz, el bienestar, la democracia; por todo lo que constituye la humanización de la vida en la Tierra.